

Escogí un socavón para empezar mi nueva vida. Enterrada como un gusano en las profundidades de una cueva donde apenas entra la luz. Es un sótano amplio sin divisiones y atravesado por dos columnas que sostienen el Edificio Wolf. La puerta es un monstruo de acero, robusta y perezosa, que duerme en las profundidades y al entrar por ella se tiene la vista completa del lugar. En el espacio a la izquierda, justo al entrar, instalé mi habitación: una cama sencilla, una mesa de noche y una cómoda. En el espacio de la derecha: un escritorio, una silla de rodachines y una columna de libros apilados. Una rampa de poca inclinación une estos dos ambientes y llega al espacio central. Hacia al fondo, a la derecha, queda la cocina, que tiene unos largos muebles incrustados en la pared, una estufa de cuatro puestos y dos neveras oxidadas. Encima de ellas hay una cornisa decorada con un dibujo egipcio en dorado y negro. Al fondo, queda el patio de dónde proviene la única entrada de luz y al lado, el baño de baldosas verdes que tiene una bañera, un sanitario, un lavamanos y una gotera incansable. Las baldosas de toda la guarida son blancas con manchas negras y del techo cuelgan unos ganchos inútiles y amenazantes.

La puerta insonoriza el espacio y crea una isla comunicada por los sonidos del mundo: una moto que acelera, los ecos de una telenovela, los ladridos de un perro vecino y por las tardes, después del almuerzo, las voces agudas de las niñas que salen del colegio y retumban como un enjambre de insectos.

He llegado hasta aquí en busca de un refugio. Las circunstancias vienen de lejos, pero puedo reconocer la erosión que desencadenó el derrumbe. Fue un domingo. Mina y Brenda me recogieron en casa de mis padres y subimos al mirador de siempre que olía a carne chamuscada y a bareta. Nos sentamos en un muro a beber cerveza rodeadas de parejas que subían en moto a comer chuzo, darse besos y mirar la ciudad derretida y brillante a lo lejos. Brenda me dijo que necesitaban hablar conmigo y escuché el ruido de algo que se quebraba a lo lejos.

Tenía un novio. Un novio en voz baja. Un novio murmullo. Un novio no novio. Nos veíamos de vez en cuando y a veces encontrábamos la manera de dormir juntos. Para que eso sucediera, le mentía a mi madre y le decía que iba

dormir en casa de alguna de mis amigas y ellas y sus madres mentían por mí, pero las mentiras se habían agotado.

—A nadie le alcanza la imaginación para tanto —fue lo que me dijo.

Fue un corrientazo. Doloroso e iluminador. Terminamos la cerveza y bajamos cuando las lucen de las laderas comenzaban a titilar. Unos días después, fui a visitar a M. Me había cortado el pelo hasta los hombros y me sentía bonita. Abrió la puerta y me dijo sonriente que parecía una secretaria. Quise creer que era su manera de hacer un cumplido, pero sabía que no lo era. Me dio un beso y me invitó a pasar. Su madre estaba en casa y nos saludamos con la indiferencia de siempre. Él estaba viendo una película en su cuarto y nos acomodamos en la cama. Al rato, su mamá golpeó la puerta y nos dijo que se iba a pasar el fin de semana a una finca. Pedimos una pizza y después de comer me preguntó si quería quedarme a dormir. Le dije que sí, pero que tenía que hacer una llamada. Tomé el teléfono y me fui para la cocina. Marqué y mi madre contestó al otro lado. Le dije que me iba a quedar a dormir en la casa de M. y entonces dijo las palabras que lo cambiarían todo y para siempre.

Colgué. Me quedé mirando por la ventana y un murciélago planeó cerca al árbol de mango. M. llegó, sacó una cerveza de la nevera y me preguntó qué pasaba. Le dije que mi mamá me había dicho que si no volvía a casa esa noche, que no volviera.

—¿Te pido un taxi?—me preguntó y pasó su mano tibia y blanda por mi hombro.

Le dije que me iba a quedar.

—Como quieras —terminó de decir y se fue al cuarto.

Las ramas de árbol se sacudieron y el murciélago se alejó veloz mientras un mango caía al suelo. Le marqué a Mina. Le pregunté si podía quedarme un tiempo en su casa y dijo que sí. Sabía que era una apuesta alta para poco y que podía llamar un taxi, regresar a casa, despertar en mi cama, dar los buenos días y seguir como si nada hubiera pasado, pero eso no iba a pasar. Luego de haber pronunciado la verdad, no había vuelta atrás.

Por fin amaneció en esa cama tan pequeña.